

La presente separata es la reproducción de un fragmento del cuaderno de notas de Clara Zetkin, gran dirigente del proletariado internacional. En él se refleja la preocupación hoy vigente de los comunistas revolucionarios porque la lucha por la liberación de la mujer haga parte de la lucha general del proletariado por su emancipación, apartándola de las desviaciones burguesas y pequeñoburguesas que conllevan a enfrentar a hombres y mujeres en lugar de unirlos en contra de las causas últimas de la opresión y explotación de la mujer: el capitalismo. Esta es la primera entrega de cinco en total, recomendamos coleccionarlas, ya que ellas constituyen un punto de partida para la orientación del trabajo entre las masas de mujeres proletarias y campesinas.

La Emancipación de la Mujer Recuerdos Sobre Lenin

(Fragmento del Cuaderno de Notas) Primera Parte

Por Clara Zetkin

El camarada Lenin habló conmigo repetidas veces acerca de la cuestión femenina. Evidentemente, atribuía al movimiento femenino una gran importancia, como parte esencial del movimiento de masas, del que, en determinadas condiciones, puede ser una parte decisiva. De suyo se comprende que concebía la plena igualdad social de la mujer como un principio completamente indiscutible para un comunista.

Nuestra primera entrevista prolongada sobre este tema tuvo lugar en el otoño de 1920, en el espacioso despacho de Lenin en el Kremlin. Lenin estaba sentado junto a su mesa, cubierta de papeles y de libros, testimonio de ocupaciones y de trabajo, pero no de un «genial desorden».

— Indudablemente, debemos crear un potente movimiento femenino internacional sobre unas bases teóricas claras y precisas —así inició él, luego de saludarnos, nuestra entrevista—. Sin teoría marxista no puede existir una buena labor práctica, esto es claro. Los comunistas necesitamos también en este problema la máxima pureza de principios. Debemos delimitar decididamente los campos entre nosotros y todos los demás partidos. Verdad es que, lamentablemente, nuestro II Congreso internacional¹ no ha conseguido examinar el problema femenino. Ha planteado la cuestión, pero no ha podido adoptar, una posición determinada. El asunto ha quedado empantanado en la comisión. Esta debe elaborar una resolución, unas tesis y una línea firme. Pero hasta ahora ha avanzado poco en sus labores. Usted debe ayudar a la comisión en este sentido.

Yo había oído ya decir a otros lo que ahora me comunicaba Lenin y expresé mi asombro a este propósito. Estaba llena de entusiasmo por todo lo que las mujeres rusas habían hecho durante la revolución y por todo lo que ahora hacen para su defensa y su ulterior desarrollo. Por lo que se refiere a la situación y a la actividad de las mujeres en el Partido Bolchevique, a mí me parecía que en este aspecto el Partido era modelo. El Partido Bolchevique es el único que proporciona al movimiento femenino comunista internacional valiosas fuerzas, instruidas y probadas, siendo al mismo tiempo un gran ejemplo histórico.

— Esto es cierto, esto está muy bien —observó Lenin con una ligera sonrisa—. En Petrogrado, aquí en Moscú, en las ciudades y en los centros industriales situados en lugares apartados, las proletarias se han comportado durante la revolución magníficamente. Sin ellas no habríamos venci-

do. O difícilmente habríamos vencido. Esta es mi opinión. ¡Qué valentía han demostrado, qué valientes son hoy! Figúrese los sufrimientos y las privaciones que padecen. Y sin embargo, se mantienen, se mantienen firmes, porque quieren defender los Soviets, porque quieren la libertad y el comunismo. Sí, nuestras obreras son admirables, son unas combatientes de clase. Se han hecho merecedoras de admiración y cariño. En general es preciso reconocer que incluso las damas «demócratas constitucionalistas» en Petrogrado, durante la lucha contra nosotros, dieron pruebas de más valor que los junkers².

Eso es verdad: en nuestro Partido hay comunistas seguras, inteligentes e infatigablemente activas. Podrían ocupar puestos de responsabilidad en los Soviets, en los comités ejecutivos, en los comisariados del pueblo, en las instituciones. Muchas de ellas trabajan día y noche, bien en el Partido, bien entre la masa proletaria y campesina, bien en el Ejército Rojo. Esto es para nosotros muy valioso. Y esto es importante para las mujeres del mundo entero, pues testimonia la capacidad de la mujer, el alto valor que reviste su trabajo para la sociedad. La primera dictadura proletaria abre verdaderamente el camino hacia la plena igualdad social de la mujer. Desarraiga los prejuicios más que pudieran hacerlo montañas de libros sobre la igualdad de derechos de la mujer. No obstante, a pesar de todo esto, aún no tenemos un movimiento femenino comunista internacional, y debemos conseguirlo a toda costa. Debemos emprender inmediatamente su creación. Sin este movimiento, el trabajo de nuestra Internacional y de sus partidos no es completo ni podrá serlo jamás. Y nuestro trabajo revolucionario debe ser completo. Dígame cómo están las cosas en cuanto a la labor Comunista en el extranjero.

Le referí todo lo que yo podía conocer dado el escaso e irregular contacto que entonces existía entre los partidos adheridos a la Internacional Comunista. Lenin escuchaba con atención, ligeramente inclinado hacia adelante, sin dar señales de tedio, de impaciencia o de cansancio, siguiendo con el más profundo interés hasta los detalles de segundo orden. Yo no he conocido a nadie que supiera escuchar mejor que él y ordenar con mayor rapidez todo lo que oía, estableciendo la conexión general. Esto se veía por las breves preguntas, siempre muy precisas, que de cuando en cuando me hacía mientras yo le hablaba y por el modo cómo más tarde retornaba a uno u otro detalle de la conversación. Lenin tomó algunas notas.

Como es lógico, yo le hablé de manera particularmente detallada sobre el estado de cosas en Alemania. Le hice saber que Rosa Luxemburgo daba gran importancia a la tarea de incorporar a las más amplias masas femeninas a la lucha revolucionaria. Cuando fue fundado el Partido Comunista, Rosa insistió en que debía publicarse un periódico consagrado al movimiento femenino. Cuando Leo Jognichés examinó conmigo el plan de trabajo del Partido, durante la última entrevista que tuvimos —día y medio antes de que lo matasen—, y me encomendó diferentes tareas, entre ellas figuraba un plan de trabajo de organización entre las obreras. En su primera Conferencia clandestina, el Partido se ocupó de este problema. Todas las agitadoras y dirigentes instruidas y expertas que se habían destacado en la anteguerra y durante la guerra, casi sin excepción, continuaban dentro de los partidos socialdemócratas de ambas tendencias y mantenían bajo su influencia a las masas de obreras, que atravesaban un estado de efervescencia. Sin embargo, también entre las mujeres se había constituido ya un pequeño núcleo de camaradas enérgicas y abnegadas, que tomaban parte en todo el trabajo y en la lucha de nuestro Partido. El propio Partido había organizado ya una actividad metódica entre las obreras. Naturalmente, todo esto no era más que el comienzo, pero un buen comienzo.

— No está mal, no está mal —dijo Lenin—. La energía, la abnegación y el entusiasmo de las comunistas, su valentía y su inteligencia en el período de la actividad clandestina o semiclandestina abren una buena perspectiva de desarrollo del trabajo. En el crecimiento del Partido y de su fuerza, la capacidad de atraer a las masas y la organización de acciones son factores valiosos. Pero ¿cómo están las cosas en lo que se refiere a la clara comprensión de las bases de este problema y a la necesidad de instruir a las camaradas a este respecto? Pues esto reviste importancia decisiva para el trabajo de masas. Y no puedo recordar ahora quién ha dicho que «para acometer grandes empresas, hace falta entusiasmo». Nosotros y los trabajadores de todo el mundo tenemos aún por delante empresas efectivamente grandes. Pues bien, ¿qué es lo que infunde entusiasmo a vuestras camaradas, a las mujeres proletarias en Alemania? ¿Cómo están las cosas en lo relativo a su conciencia proletaria de clase? ¿Están concentrados sus intereses y su actividad en las reivindicaciones políticas del momento? ¿En qué están concentrados sus pensamientos?

Yo he oído decir a este propósito a los camaradas rusos y alemanes cosas extrañas. Debo hablarle de esto. Me han dicho que una comunista de talento edita en Hamburgo un periódico para las prostitutas y pretende organizarlas para la lucha revolucionaria. Rosa, como comunista, ha dado pruebas de sensibilidad humana cuando en un artículo ha salido en defensa de una prostituta encarcelada por haber infringido las normas policíacas relacionadas con su lamentable oficio. Estas víctimas dobles de la sociedad burguesa son dignas de compasión. En primer término, son víctimas del maldito sistema de propiedad imperante en dicha sociedad, y, además, son víctimas de una maldita hipocresía moral. Esto es claro. Sólo una persona grosera y miope puede olvidarlo. Pero una cosa es comprender esto y otra muy distinta —¿cómo decirlo?— organizar a las prostitutas como un destacamento combativo revolucionario especial y publicar para ellas un órgano profesional de prensa. ¿Acaso no hay ya en Alemania obreras industriales a las que es preciso organizar, para las que debe existir un periódico y a las que es necesario atraer a vuestra lucha? Aquí de lo que se trata es de una desviación morbosa. Esto me hace recordar mucho la moda literaria que presentaba a cada prostituta como una virgen seráfica. Ciertamente, la raíz de ese punto de vista también era sana: simpatía social, indignación contra la hipocresía moral de la honorable burguesía. Pero el

principio sano se había dejado llevar por la descomposición burguesa y había degenerado. También en nuestro país la prostitución nos planteará aún muchas tareas arduas. Hacer que la prostituta retorne al trabajo productivo, encontrar para ella un puesto en la economía social: a esto se reduce todo. Pero, dado el estado actual de nuestra economía y el conjunto de las contradicciones existentes, es difícil y complicado llevar esto a cabo. Ahí tiene usted un aspecto del problema femenino que, después de la conquista del Poder estatal por el proletariado, se plantea ante nosotros en toda su amplitud y exige solución. En la Rusia Soviética, esto será para nosotros motivo de muchas preocupaciones. Pero volvamos al caso particular de Alemania. El Partido de ningún modo debe ver con tranquilidad estos actos anormales de sus miembros. Esto crea confusión y dispersa las fuerzas. Y usted misma, ¿Qué ha hecho para impedirlo?

Antes de que yo pudiera contestar, Lenin prosiguió:

— Clara, aún no he acabado de enumerar la lista de vuestras fallas. Me han dicho que en las veladas de lectura y discusión con las obreras se examinan preferentemente los problemas sexuales y del matrimonio. Como si esto fuera el objeto de la atención principal en la educación política y en el trabajo educativo. No pude dar crédito a esto cuando llegó a mis oídos. El primer Estado de la dictadura proletaria lucha contra los contrarrevolucionarios de todo el mundo. La situación en la propia Alemania exige la mayor cohesión de todas las fuerzas revolucionarias proletarias para hacer frente a la contrarrevolución que presiona cada vez más. ¡Y mientras tanto, las comunistas activas examinan los problemas sexuales y la cuestión de las formas del matrimonio en el presente, en el pasado y en el porvenir! Consideran como su deber más importante instruir a las obreras en este aspecto. Según dicen, el folleto más difundido es el de una comunista de Viena sobre la cuestión sexual. ¡Qué vacío es este libreo! Lo que en él hay de justo, los obreros lo han leído hace ya mucho en Bebel. Pero no bajo la forma de un tedioso y torpe esquema, como en el folleto, sino bajo la forma de una agitación atrayente, impregnada de espíritu combativo contra la sociedad burguesa. Las alusiones que en el folleto se hacen a las hipótesis de Freud le dan una pretendida apariencia «científica», pero todo esto son mamarrachadas de un chapucero. La teoría de Freud es también ahora una especie de capricho que está en boga. Yo desconfío de las teorías sexuales expuestas en artículos, informes, folletos, etc., en una palabra, de esa literatura específica que tanto florece en el estercolero de la sociedad burguesa. Yo no confío en quien está constante y decididamente absorbido por los problemas sexuales, como un faquir indio por la contemplación de su ombligo. Creo que esta abundancia de teorías sexuales, que en su mayor parte son hipótesis, a menudo arbitrarias, obedece a necesidades personales. Obedece ni más ni menos al deseo de justificar ante la moral burguesa su propia vida sexual anormal o excesiva y de solicitar tolerancia para sí mismo. Este enmascarado respeto a la moral burguesa me es tan repelente como el afanoso escarbar en los problemas sexuales. Por muy rebelde y revolucionaria que aparente ser esta ocupación, en definitiva es eminentemente burguesa. Es una ocupación preferida por los intelectuales y por sectores próximos a ellos. En el Partido, entre el proletariado con conciencia de clase y combativo, no hay lugar para eso.

[Continúa en el próximo número]

Notas:

- 1 II Congreso de la Internacional Comunista, celebrado del 19 de julio al 7 de agosto de 1920
- 2 Junkers: Alumnos de las escuelas militares de la Rusia zarista que preparaban oficiales, y quienes intentaron oponer resistencia armada al pueblo insurrecto y al Poder soviético, pero fueron derrotados.